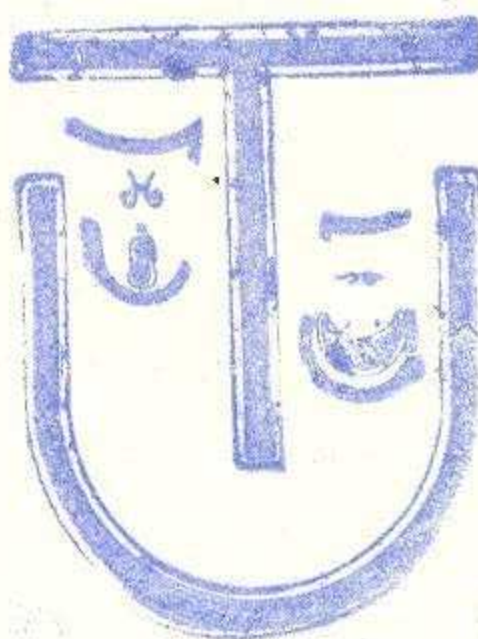


Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
**SMJEG**  
Facultad de Humanidades  
UPR-RP

Seminario Multidisciplinario  
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

Seminario de Dramá  
Colección  
Francisco (Paco) Prado

Seminario de Dramá



24/11/08 Ek  
20/abril/06 JCS

Seminario de Dramá  
Colección  
Francisco (Paco) Prado

1080657

mdss c1

# SALOME

DRAMA EN UN ACTO

A mi amigo Pierre Louys.  
O. W.

## PERSONAJES

HERODES ANTIPAS, tetrarca de Judea.  
YOKANAÁN (JUAN), el profeta.  
El JOVEN SIRIO, capitán de la guardia.  
TIGELINO, joven romano.  
Un CAPADOCIO.  
Un NUBIO.  
SOLDADO 1.º.

SOLDADO 2.º.  
El PAJE DE HERODÍAS.  
Un ESCLAVO.  
NAAMÁN, el verdugo.  
HERODÍAS, esposa del tetrarca.  
SALOMÉ, hija de Herodías.  
Esclavas de Salomé, Judíos, Nazarenos, etc.

## ACTO UNICO

Amplia terraza en el palacio de Herodes, que da a la sala de festines. Unos soldados están acodados sobre la balaustrada. A la derecha, una escalera monumental. A la izquierda, al fondo, una antigua cisterna, bordeada por un muro de bronce verde. Claro de luna.

JOVEN SIRIO.  
¡Qué bella está hoy la princesa Salomé!

PAJE DE HERODÍAS.  
Mirad la luna. Tiene un aspecto muy extraño. Diríase una mujer salida de una tumba. Parece una mujer muerta. Diríase que busca muertos.

JOVEN SIRIO.  
Tiene un aspecto muy extraño. Seméjase a una princesa que lleva-

se un velo amarillo y tuviera pies de plata. Seméjase a una princesa que tiene unos pies como palomitas blancas... Diríase que baila.

PAJE DE HERODÍAS.  
Es como una mujer muerta. Marcha muy despacio.  
(Ruido en la sala de festines.)

SOLDADO 1.º  
¡Qué alboroto! ¡Quiénes son esas fieras que aúllan?

SOLDADO 2.º

Los judíos. Son siempre así. Discuten sobre su religión.

SOLDADO 1.º

¿Por qué discuten sobre su religión?

SOLDADO 2.º

No lo sé. Siempre lo hacen. Así, los fariseos afirman que existen ángeles, y los saduceos lo niegan.

SOLDADO 1.º

Paréceme ridículo discutir sobre tales cosas.

JOVEN SIRIO.

¡Qué bella está esta noche la princesa Salomé!

PAJE DE HERODÍAS.

Estáis siempre contemplándola. La miráis demasiado. No hay que mirar así a la gente... Puede suceder alguna desgracia.

JOVEN SIRIO.

Está bellísima esta noche.

SOLDADO 1.º

El tetrarca parece sombrío.

SOLDADO 2.º

Sí, realmente sombrío.

SOLDADO 1.º

Mira algo.

SOLDADO 2.º

Mira a alguien.

SOLDADO 1.º

¿A quién mira?

SOLDADO 2.º

No sé.

JOVEN SIRIO.

¡Qué pálida está la princesa!...

Nunca la vi tan pálida. Parece el reflejo de una rosa blanca en un espejo de plata.

PAJE DE HERODÍAS.

No hay que mirarla. ¡La miráis demasiado!

SOLDADO 1.º

Herodías ha servido de beber al tetrarca.

EL CAPADOCIO.

¿Es la reina Herodías aquella que lleva la mitra negra, cuajada de perlas, y que tiene los cabellos espolvoreados de azul?

SOLDADO 1.º

Sí, es Herodías, la esposa del tetrarca.

SOLDADO 2.º

Al tetrarca le gusta mucho el vino. Lo tiene de tres clases. Uno que viene de la isla de Samotracia y que es púrpura, como el manto del César.

EL CAPADOCIO.

Nunca he visto al César.

SOLDADO 2.º

Otro que viene de la ciudad de Chipre y que es amarillo como el oro.

EL CAPADOCIO.

Me gusta mucho el oro.

SOLDADO 2.º

Y el tercero, que es un vino siciliano. Este es rojo, como la sangre.

EL NUBIO.

Los dioses de mi patria aman mucho la sangre. Dos veces al año les ofrecemos en holocausto jóvenes y vírgenes: cincuenta jóvenes

y cien vírgenes. Mas parece que no les sacrificamos nunca bastantes, porque son severísimos con nosotros.

EL CAPADOCIO.

En mi país no existen ahora dioses: los romanos los han expulsado. Hay quien dice que se han refugiado en las montañas, pero yo no lo creo. Pasé tres noches en ellas, buscándolos por todos los sitios. No los encontraré. Por último los llamé por sus nombres y no aparecieron. Creo que han muerto.

SOLDADO 1.º

Los judíos adoran a un dios invisible.

EL CAPADOCIO.

No puedo comprenderlo.

SOLDADO 1.º

En fin: sólo creen en las cosas que no pueden verse.

EL CAPADOCIO.

Me parece completamente ridículo.

LA VOZ DE YOKANAÁN.

Después de mí vendrá otro mucho más poderoso que yo. No soy digno siquiera de desatar la correa de sus sandalias. Cuando El venga, la Tierra desierta se alegrará. Y florecerá como el lirio. Los ojos de los ciegos verán la luz del sol y los oídos de los sordos se abrirán... El recién nacido pondrá su mano sobre el lomo de los dragones y conducirá a los leones por sus melenas.

SOLDADO 2.º

Hacedle callar. Dice siempre cosas absurdas.

SOLDADO 1.º

Nada de eso; es un hombre santo. Y muy bondadoso. Le llevo a diario la comida y siempre me lo agradece.

EL CAPADOCIO.

¿Quién es?

SOLDADO 1.º

Es un profeta.

EL CAPADOCIO.

¿Y cómo se llama?

SOLDADO 1.º

Yokanaán.

EL CAPADOCIO.

¿De dónde viene?

SOLDADO 1.º

Del desierto, donde se alimentaba de langostas y miel silvestre. Iba vestido con una piel de camello y llevaba alrededor de su cintura una correa. Tenía un aspecto salvaje. Le seguía un gran gentío y tenía incluso discípulos.

EL CAPADOCIO.

¿Y de qué habla?

SOLDADO 1.º

No lo sabemos nunca. A veces dice cosas espantosas; pero es imposible comprenderle.

EL CAPADOCIO.

¿Puede vérselo?

SOLDADO 1.º

No; el tetrarca lo tiene prohibido.

JOVEN SIRIO.

¡La princesa ha escondido el rostro detrás de su abanico! Sus manicitas blancas se agitan como pa-

lomas que vuelan hacia sus palomares. Parecen mariposas blancas. Son, en absoluto, como mariposas blancas.

PAJE DE HERODÍAS.

Pero ¿qué os importa? ¿Por qué la miráis? No hay que mirarla... Puede suceder alguna desgracia.

EL CAPADOCIO.—(Señalando a la cisterna.)

¿Qué extraña prisión!

SOLDADO 2.º

Es una antigua cisterna.

EL CAPADOCIO.

¿Una antigua cisterna! Debe de ser muy malsana.

SOLDADO 2.º

No, no. El hermano del tetrarca, por ejemplo, su hermano mayor, el primer esposo de la reina Herodías, estuvo encerrado ahí dentro durante doce años. Y no se murió. Al final hubo que estrangularle.

EL CAPADOCIO.

¿Estrangularle? ¿Quién se atrevió a ello?

SOLDADO 2.º.—(Señalando al Verdugo, un negro corpulento.)  
Aquél, Naamán.

EL CAPADOCIO.

¿No tuvo miedo?

SOLDADO 2.º

Nada de eso. El tetrarca le mandó el anillo.

EL CAPADOCIO.

¿Qué anillo?

SOLDADO 2.º

El anillo de la muerte. Así no tuvo miedo.

EL CAPADOCIO.

Sin embargo, es terrible estrangular a un rey.

SOLDADO 1.º

¿Por qué? Los reyes sólo tienen un cuello, como los demás hombres.

EL CAPADOCIO.

A mí me parece eso terrible.

JOVEN SIRIO.

¿La princesa se levanta! ¡Abandona la mesa! Parece sentir un gran tedio. ¡Ah! Viene hacia aquí. Sí, viene hacia nosotros. ¡Qué pálida está! No la he visto nunca tan pálida...

EL CAPADOCIO.

No la miréis. Os ruego que no la miréis.

JOVEN SIRIO.

Parece una paloma perdida... Es como un narciso agitado por el viento... Seméjase a una flor de plata.

(Entra Salomé.)

SALOMÉ.

No me quedaré. No quiero quedarme ahí. ¿Por qué el tetrarca me mira siempre con sus ojos de topo bajo sus párpados temblorosos?... Resulta extraño que el marido de mi madre me mire así. No sé lo que eso quiere decir... En realidad, sí lo sé.

JOVEN SIRIO.

¿Acabáis de retiraros del festín, princesa?

SALOMÉ.

¿Qué fresco es aquí el aire! ¡Aquí al fin se respira! Ahí dentro hay judíos de Jerusalén que se descoyuntan con sus ridículas ceremo-

nias, y bárbaros que beben sin cesar y derraman el vino sobre las losas, y griegos de Esmirna con ojos pintados, mejillas llenas de afeites y cabellos rizados en espirales, y egipcios taciturnos, sutiles, con sus uñas de jade y sus oscuros mantos, y romanos con su brutalidad, su pesadez y su grosero lenguaje. ¡Ah, cómo detesto a los romanos! Son gente vulgar y se dan aires de grandes señores.

JOVEN SIRIO.

¿No queréis sentaros, princesa?

PAJE DE HERODÍAS.

¿Por qué le habláis? ¿Por qué la miráis? ¡Oh! Va a suceder una desgracia.

SALOMÉ.

¿Qué grato es ver la luna! Parece una monedita. Diríase una florecilla de plata. Es fría y casta la luna... Estoy segura de que es virgen. Tiene la belleza de una virgen... Sí, es virgen. Nunca se ha mancillado. Nunca se entregó a los hombres, como las otras diosas.

LA VOZ DE YOKANAÁN.

¡El Señor ha venido! Ha venido el Hijo del Hombre. Los centauros se han hundido en los ríos y las sirenas han abandonado las aguas y reposan bajo las hojas, en los bosques.

SALOMÉ.

¿Quién ha gritado así?

SOLDADO 2.º

Es el profeta, princesa.

SALOMÉ.

¡Ah! El profeta. ¿Ese a quien teme el tetrarca?

SOLDADO 2.º

No sabemos nada, princesa. Es el profeta Yokanaán.

JOVEN SIRIO.

¿Queréis que pida vuestra litera, princesa? Hace una noche hermosísima en el jardín!

SALOMÉ.

Dice cosas monstruosas de mi madre, ¿verdad?

SOLDADO 2.º

No comprendemos nunca lo que dice, princesa.

SALOMÉ.

Sí; dice cosas monstruosas de ella.

ESCLAVO.

Princesa, el tetrarca os suplica que volváis al festín.

SALOMÉ.

No volveré allí.

JOVEN SIRIO.

Dispensad, princesa; pero si no volvéis puede ocurrir una desgracia.

SALOMÉ.

¿Es un viejo el profeta?

JOVEN SIRIO.

Princesa, sería preferible que volviérais. Permitid que os acompañe.

SALOMÉ.

El profeta..., ¿es un viejo?

SOLDADO 1.º

No, princesa; es muy joven.

SOLDADO 2.º

No se sabe. Algunos dicen que es Elías.

SALOMÉ.

¿Quién es Elías?

SOLDADO 2.º

Un antiguo profeta de este país, princesa.

ESCLAVO.

¿Qué debo contestar al tetrarca de parte de la princesa?

LA VOZ DE YOKANAÁN.

No te alborotes, tierra de Palestina, porque se haya roto la vara del que te azotaba. Pues de la raza de la serpiente saldrá un basilisco que devorará a los pájaros.

SALOMÉ.

¿Qué voz tan extraña! Quisiera hablarle.

SOLDADO 1.º

Temo que sea imposible, princesa. El tetrarca no quiere que le hablen. Se lo ha prohibido incluso al gran sacerdote.

SALOMÉ.

Quiero hablarle.

SOLDADO 1.º

Es imposible, princesa.

SALOMÉ.

Lo quiero.

JOVEN SIRIO.

En efecto, princesa, será preferible volver al festín.

SALOMÉ.

Sacad al profeta.

SOLDADO 1.º

No nos atrevemos, princesa.

SALOMÉ.—(Acercándose a la cisterna y mirando al interior.)

¿Qué oscuro está ahí dentro!...

¡Debe de ser terrible estar en un agujero tan negro!... Parece una tumba... (A los Soldados.) ¿No me habéis oído? Sacadle de ahí. Quiero verle.

SOLDADO 2.º

Por favor, princesa; no nos pidáis eso.

SALOMÉ.

¡Me hacéis esperar!

SOLDADO 1.º

Princesa, nuestras vidas os pertenecen; pero no podemos hacer lo que nos pedís... No es a nosotros a quien debéis dirigirlos.

SALOMÉ.—(Mirando al Joven Sirio.)

¡Ah!

PAJE DE HERODÍAS.

¡Oh! ¿Qué va a ocurrir? Estoy seguro de que va a suceder alguna desgracia.

SALOMÉ.—(Acercándose al Joven Sirio.)

Lo haréis por mí, ¿verdad, Narraboz? ¿Haréis eso por mí? Siempre he sido buena con vos. ¿Verdad que haréis eso por mí? Sólo quiero ver a ese extraño profeta. ¡Se ha hablado tanto de él!... ¡He oído con tal frecuencia hablar de él al tetrarca!... Creo que el tetrarca le teme, estoy segura de ello... ¿Es que vos también, Narraboz, le teméis?

JOVEN SIRIO.

No le temo, princesa. No temo a nadie. Pero el tetrarca ha prohibido terminantemente que se levante la tapa de esa cisterna.

SALOMÉ.

Lo haréis por mí, Narraboz, y

mañana, cuando pase en mi litera por la puerta de los vendedores de ídolos, dejaré caer para vos una florecilla verde.

JOVEN SIRIO.

Princesa, no puedo, no puedo.

SALOMÉ.—(Sonriendo.)

Lo haréis por mí, Narraboz. Bien sabéis que lo haréis por mí. Y mañana, cuando pase en mi litera por el puente de los compradores de ídolos, os miraré a través de los velos de muselina; os miraré, Narraboz, y acaso os sonría. ¡Miradme, Narraboz, miradme! ¡Ah! Bien sabéis que vais a hacer lo que os pido. Lo sabéis, ¿verdad?... Yo lo sé.

JOVEN SIRIO.—(Haciendo un signo al tercer Soldado.)

Sacad al profeta... La princesa Salomé quiere verle.

SALOMÉ.

¡Ah!

PAJE DE HERODÍAS.

¡Oh! ¿Qué aspecto más extraño tiene la luna! Diríase la mano de una muerta que quiere cubrirse con un sudario.

JOVEN SIRIO.

Tiene un aspecto muy extraño. Diríase una princesita con ojos de ámbar. A través de las nubes de muselina, sonrío como una princesita.

(El Profeta sale de la cisterna. Salomé le mira y retrocede.)

YOKANAÁN.

¿Dónde está aquel cuya copa de abominaciones está rebosante? ¿Dónde está aquel que, vestido de

plata, morirá un día ante todo el pueblo? Decidle que venga a escuchar la voz del que ha clamado en el desierto y en los palacios de los reyes.

SALOMÉ.

¿De quién habla?

JOVEN SIRIO.

No se sabe nunca, princesa.

YOKANAÁN.

¿Dónde está la que, habiendo visto unos hombres pintados sobre la muralla, imágenes de caldeos dibujadas en colores, se ha dejado arrastrar a la concupiscencia de sus ojos y ha enviado embajadores a Caldea?

SALOMÉ.

Es de mi madre de quien habla.

JOVEN SIRIO.

No, en verdad, princesa.

SALOMÉ.

Sí; es de mi madre.

YOKANAÁN.

¿Dónde está la que se ha entregado a los capitanes ásirios, que llevan tahalíes en la cintura y tiaras de diversos colores en la cabeza? ¿Dónde está la que se ha entregado a los mancebos de Egipto, vestidos de lino y jacinto que llevan broqueles de oro y yelmos de plata y son corpulentos? Decidle que se levante del lecho de la impudicia, de su lecho incestuoso, para que oiga las palabras del que prepara el camino del Señor y se arrepiente de sus pecados. Y aunque no se arrepienta nunca y persevere en sus abominaciones, decidle que venga, pues el Señor tiene el azote en su mano.

SALOMÉ.

¡Es terrible, terrible!

JOVEN SIRIO.

No sigáis aquí, princesa, os lo suplico.

SALOMÉ.

Sus ojos, sobre todo, son terribles. Diríase los negros agujeros que dejan las antorchas sobre un tapiz de Tiro. Diríase negras cavernas donde moran los dragones, cavernas negras de Egipto, donde esos monstruos se cobijan. Diríase lagos negros agitados por lunas fantásticas. ¿Creéis que seguirá hablando?

JOVEN SIRIO.

¡No permanezcáis aquí, princesa! Os lo suplico.

SALOMÉ.

Y ¡qué delgado está! Parece una fina imagen de marfil y plata. Estoy segura de que es casto como la luna. Parece un rayo argentado. Su carne debe de ser muy fría, como el marfil. Quiero contemplarlo de cerca.

JOVEN SIRIO.

¡No, no, princesa!

SALOMÉ.

Tengo que verle de cerca.

JOVEN SIRIO.

¡Princesa! ¡Princesa!

YOKANAÁN.

¿Quién es esta mujer que me mira? No quiero que me mire. ¿Por qué me mira con sus ojos de oro bajo sus párpados dorados? No sé quién es. No quiero saberlo. Decidle que se marche. No es a ella a quien quiero hablar.

SALOMÉ.

Soy Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea.

YOKANAÁN.

¡Atrás, hija de Babilonia! No te acerques al elegido del Señor. Tu madre ha manchado la tierra con el vino de sus iniquidades y el clamor de sus pecados ha llegado a los oídos de Dios.

SALOMÉ.

Sigue hablando, Yokanaán. Tu voz me embelesa.

JOVEN SIRIO.

¡Princesa! ¡Princesa! ¡Princesa!

SALOMÉ.

Pero sigue hablando. Sigue hablando, Yokanaán, y dime lo que debo hacer.

YOKANAÁN.

¡No te acerques a mí, hija de Sodoma! Cubre tu rostro con un velo, pon ceniza sobre tu cabeza y ve al desierto a buscar al Hijo del Hombre.

SALOMÉ.

¿Quién es el Hijo del Hombre? ¿Es tan hermoso como tú, Yokanaán?

YOKANAÁN.

¡Atrás! ¡Atrás! Oigo cómo bate sus alas el ángel de la muerte sobre el palacio.

JOVEN SIRIO.

¡Princesa, os suplico que volváis a entrar!

YOKANAÁN.

Ángel del divino Señor, ¿qué haces aquí con tu espada? ¿Qué buscas en este inmundo palacio?... No

ha llegado el día del que morirá vestido de plata.

SALOMÉ.

¡Yokanaán!

YOKANAÁN.

¿Quién habla?

SALOMÉ.

¡Yokanaán! Estoy enamorada de tu cuerpo. Tu cuerpo es blanco como el lirio del prado que el segador no ha hollado con su planta. Tu cuerpo es blanco como las nieves que reposan sobre las montañas de Judea y descienden a los valles. Las rocas del jardín de la reina de Arabia no son tan blancas como tu cuerpo. Ni las rosas del jardín de la reina de Arabia, ni los pies de la aurora que caminan sobre las hojas, ni el seno de la luna cuando se pone sobre el seno del mar... No hay en el mundo nada tan blanco como tu cuerpo. ¡Déjame tocar tu cuerpo!

YOKANAÁN.

¡Atrás, hija de Babilonia! El mal entró en el mundo con la mujer. ¡No me hables! ¡No quiero escucharte! Sólo escucho las palabras del divino Señor.

SALOMÉ.

Tu cuerpo es horrible como el de un leproso. Es como un muro de cal por donde han pasado las víboras, y en el que anidaron los escorpiones. Es como un sepulcro blanqueado, repleto de inmundicias. ¡Es horrible tu cuerpo, horrible!... Los que me enamoran son tus cabellos. Tus cabellos parecen racimos de uvas negras que cuelgan de las viñas de Edom, en el país de los edomitas. Tus cabellos son como los cedros del Líbano, como los gran-

des cedros del Líbano que dan sombra a los leones y a los malhechores que quieren esconderse allí durante el día. Las largas noches oscuras, esas noches en que la luna no aparece y las estrellas tienen miedo, no son tan negras como tus cabellos. El silencio que mora en las selvas no es tan negro. No hay nada en el mundo tan negro como tus cabellos. Déjame tocar tus cabellos.

YOKANAÁN.

¡Atrás, hija de Sodoma! ¡No me toques! ¡No debe profanarse el templo del divino Señor!

SALOMÉ.

Tus cabellos son horrorosos. Están cubierto de polvo y fango. Parecen una corona de espinas colocada sobre tu frente. Parecen un nido de serpientes negras enroscadas a tu cuello. No me gustan tus cabellos... Es tu boca la que me enamora, Yokanaán... Tu boca es como una cinta escarlata sobre una torre de marfil. Es como una granada abierta con un cuchillo de plata. Las flores del granado que crecen en los jardines de Tiro y que son más rojas que las rosas, no son tan rojas como tu boca. Los gritos rojos de las trompetas que anuncian la llegada de los reyes y amedrentan al enemigo no son tan rojos como ella. Tu boca es más roja que los pies de los que pisan la uva en los lagares. Es más roja que las patas de las palomas que habitan en los templos y que los sacerdotes alimentan. Es más roja que los pies del que vuelve de una selva donde ha matado un león y ojeado tigres dorados. Tu boca es como una rama de coral hallada por unos pescadores en el crepúsculo marino, ¡y que guardan para los reyes! Es como el bermellón que los moabitas

encuentran en las minas de Moab y que los reyes les arrebatan. Es como el arco del rey de los persas, que está pintado con bermellón y tiene cuernos de coral. No hay nada en el mundo tan rojo como tu boca... Déjeme que la bese.

YOKANAÁN.

¡Jamás, hija de Babilonia! ¡Hija de Sodoma, jamás!

SALOMÉ.

Besaré tu boca, Yokanaán. Besaré tu boca.

JOVEN SIRIO.

¡Princesa, princesa, tú, que eres como un puñado de mirra; tú, que eres la paloma de las palomas, no mires a ese hombre, no le mires! ¡No le digas semejantes palabras! ¡No lo puedo sufrir!... ¡Princesa, princesa, no digas esas cosas!

SALOMÉ.

Besaré tu boca, Yokanaán.

JOVEN SIRIO.

¡Ah!

*(Se mata y cae entre Salomé y Yokanaán.)*

PAJE DE HERODÍAS.

¡El joven sirio se ha matado! ¡El capitán de la guardia se ha matado! ¡Se ha matado el que era mi amigo! Le había yo dado una cajita de perfumes y unos pendientes de plata, y ¡ahora se ha matado! ¡Ah! ¿No predijo que iba a ocurrir una desgracia? Yo también lo vaticiné y ha ocurrido. Sabía yo muy bien que la luna buscaba un muerto, pero no sabía que era a él a quien buscaba. ¡Ah! ¿Por qué no le oculté a la luna? Si le hubiera escondido en una caverna, no le habría ella visto.

SOLDADO 1.º

Princesa, el joven capitán se ha matado.

SALOMÉ.

¡Déjame besar tu boca, Yokanaán!

YOKANAÁN.

¿No tienes miedo, hija de Herodías? ¿No te he dicho que había oído batir las alas del ángel de la muerte sobre el palacio, y no ha venido el ángel?

SALOMÉ.

¡Déjame besar tu boca, Yokanaán!

YOKANAÁN.

Hija del adulterio, sólo un hombre puede salvarte. Ese de quien te he hablado. Ve a buscarle. Está en un barco por el mar de Galilea y habla a sus discípulos. Prostérnate a la orilla del mar y llámale por su nombre. Cuando venga hacia ti, porque él viene hacia todos los que le llaman, arrodíllate a sus pies y pídele la remisión de tus pecados.

SALOMÉ.

¡Déjame besar tu boca!

YOKANAÁN.

¡Maldita seas, hija de madre incestuosa; maldita seas!

SALOMÉ.

Besaré tu boca, Yokanaán.

YOKANAÁN.

No quiero verte, no te veré. ¡Maldita eres, Salomé; maldita eres!  
*(Baja a la cisterna.)*

SALOMÉ.

Besaré tu boca, Yokanaán; besaré tu boca.

SOLDADO 1.º

Hay que llevar el cadáver a otro sitio. Al tetrarca no le gusta ver cadáveres, como no sean los de aquellos que él mismo mató.

PAJE DE HERODÍAS.

Era como mi hermano, más querido para mí que un hermano. Le di una cajita que contenía perfumes y una sortija de ágata que llevaba siempre en el dedo. De noche nos paseábamos a orillas del río, entre los almendros, y me contaba cosas de su país. Hablaba siempre muy bajo. El sonido de su voz se parecía al de la flauta. Le complacía mucho contemplarse en el río, por lo cual le reprendí.

SOLDADO 2.º

Tenéis razón: hay que ocultar el cadáver para que no lo vea el tetrarca.

SOLDADO 1.º

El tetrarca no vendrá aquí. No sale nunca a la terraza. Tiene demasiado miedo al profeta.  
*(Entran Herodes, Herodías y toda la corte.)*

HERODES.

¿Dónde está Salomé? ¿Dónde está la princesa? ¿Por qué no ha vuelto al festín, como le había ordenado? ¡Ah, he aquí!

HERODÍAS.

No debéis mirarla. ¡La estáis mirando siempre!

HERODES.

La luna tiene un aspecto muy extraño esta noche. ¿Verdad que su aspecto es muy extraño? Diríase una mujer histérica que va buscando amantes por todas partes. Está también desnuda, completa-

mente desnuda. Las nubes quieren vestirla; pero ella se niega. Vacila, entre las nubes, como una mujer ebria... Estoy seguro de que busca amantes... ¿Verdad que vacila como una mujer ebria? ¿Verdad que parece una mujer histérica?

HERODÍAS.

No. La luna se parece a la luna, y nada más. Volvamos adentro... Nada tenéis que hacer aquí.

HERODES.

¡Aquí seguiré!... Manassé, pon tapices ahí. Encended antorchas. Traed las mesas de marfil y las de jaspe. El aire es delicioso aquí. Beberé más vino con mis huéspedes. Hay que honrar a los embajadores de César.

HERODÍAS.

No por ellos permanecéis aquí.

HERODES.

Sí, el aire es delicioso. Ven, Herodías; nuestros huéspedes nos esperan. ¡Ah, he resbalado sobre sangre! Es de malísimo agüero. ¿Por qué hay aquí sangre?... ¿Y este cadáver?... ¿Qué hace aquí este cadáver? ¿Creéis que soy como el rey de Egipto, que no da nunca un festín sin mostrar un cadáver a sus invitados? En fin: ¿quién es? No quiero mirarlo.

SOLDADO 1.º

Es nuestro capitán, señor. Es el joven sirio a quien hicisteis capitán hace sólo tres días.

HERODES.

No he dado orden de matarlo.

SOLDADO 2.º

Se ha matado él, señor.

HERODES.

¿Por qué? ¡Le hice capitán!

SOLDADO 2.º

Lo ignoro, señor. Pero él mismo se ha dado muerte.

HERODES.

Me parece extraño. Creí que sólo se mataban los filósofos romanos. ¿Verdad, Tigelino, que los filósofos se matan en Roma?

TIGELINO.

Hay algunos que se matan, señor. Son los estoicos: hombres groseros y muy ridículos, para mí al menos.

HERODES.

Y para mí también. Es ridículo matarse.

TIGELINO.

Mucho se ríen de ellos en Roma. El emperador ha hecho un poema satírico en contra suya. En todas partes lo recitan.

HERODES.

¡Ah! ¿Sí? ¿Ha hecho un poema satírico contra ellos? César es maravilloso. Puede hacerlo todo... Es raro que se haya matado el joven sirio. Lo siento, sí; lo siento mucho. Porque era muy apuesto. Tenía unos ojos lánguidos. Recuerdo haberle visto mirando a Salomé con languidez. Sí; pareceme que la miraba demasiado.

HERODÍAS.

Otros hay que también la miran demasiado.

HERODES.

Su padre era rey. Le arrojé de su reino, y vos, Herodías, habéis hecho una esclava de su madre, que

era reina. Por eso estaba aquí como huésped, y por eso le hice capitán. Siento que haya muerto... En fin: ¿por qué habéis dejado aquí su cadáver? Hay que llevarlo a otro sitio. No quiero verlo... ¡Lleváoslo! (*Llévanse el cadáver.*) Hace frío aquí. Sopla el viento. ¿Verdad que sopla el viento?

HERODÍAS.

No, no; no sopla el viento.

HERODES.

Sí, sí; sopla el viento... Y oigo en el aire como un batir de alas gigantescas. ¿No lo oís?

HERODÍAS.

Yo nada oigo.

HERODES.

Ya no las oigo tampoco. Pero antes las he oído. Era, sin duda, el viento. Ya cesó. No, no; las oigo de nuevo, ¿no las oís? Es como el batir de unas alas.

HERODÍAS.

Os digo que no hay nada. Estáis enfermo. Volvamos adentro.

HERODES.

No estoy enfermo. Vuestra hija sí que lo está. Tiene aspecto de estar muy enferma. No la he visto nunca tan pálida.

HERODÍAS.

Os he dicho que no la miréis.

HERODES.

Echando vino. (*Sirven el vino.*) Salomé, ven a beber un poco conmigo. Tengo aquí un vino exquisito. El propio César me lo ha enviado. Mojad en él vuestros diminutos labios rojos, y después vaciaré la copa.

SALOMÉ.

No tengo sed, tetrarca.

HERODES.

Ya oís cómo me contesta vuestra hija.

HERODÍAS.

Tiene razón. ¿Por qué la estáis mirando siempre?

HERODES.

Traed frutas. (*Traen frutas.*) Salomé, venid a comer frutas conmigo. Me agrada mucho ver en una fruta el mordisco de vuestros dientes. Muerde un trocito de esta fruta, y después me comeré el resto.

SALOMÉ.

No tengo hambre, tetrarca.

HERODES.—(*A Herodías.*)

¿Así es como habéis educado a vuestra hija?

HERODÍAS.

Mi hija y yo somos de estirpe real y tu abuelo guardaba camellos: ¡así es que era un ladrón!

HERODES.

¡Mientes!

HERODÍAS.

Bien sabes que es verdad.

HERODES.

Salomé ven a sentarte junto a mí. Te cederé el trono de tu madre.

SALOMÉ.

No estoy cansada, tetrarca.

HERODÍAS.—(*A Herodes.*)

Ya veis el aprecio que os tiene.

HERODES.

Traed... ¿Qué quería yo?... No lo sé. ¡Ah, sí! Ahora recuerdo.

LA VOZ DE YOKANAÁN.

¡Ha llegado el momento!... Lo que predije ha sucedido, dice el Señor. Este es el día, que había yo hablado.

HERODÍAS.

Hacedle callar. No quiero oír su voz. Ese hombre vomita siempre injurias contra mí.

HERODES.

No ha dicho nada contra vos. Es un gran profeta.

HERODÍAS.

No creo en los profetas. ¿Cómo puede un hombre decir lo que va a suceder? Nadie lo sabe. Ese hombre me está insultando siempre. Creo que le tenéis miedo... Sí; le tenéis miedo.

HERODES.

No le tengo miedo. No tengo miedo a nadie.

HERODÍAS.

Sí le tenéis miedo. Si no le tenéis miedo, ¿por qué no le entregáis a los judíos, que os lo piden desde hace seis meses?

UN JUDÍO.

En efecto, señor: mejor haríais en entregárnosle.

HERODES.

¡Basta de esta cuestión! Ya os di mi respuesta. No quiero entregársle. Es un hombre que ha visto a Dios.

UN JUDÍO.

Eso es imposible. Nadie ha visto

a Dios, después del profeta Elías. El fué el último que vió a Dios. En estos tiempos Dios no se muestra. Se oculta. Y por eso hay tantas desdichas en el país.

Judío 2.º

Aunque no se sabe realmente si el profeta Elías vió realmente a Dios, o más bien a su sombra.

Judío 3.º

Dios no se oculta nunca. Se muestra siempre y en todo, así en el bien como en el mal.

Judío 4.º

No debe decirse eso. Es una idea peligrosísima, que procede de las escuelas de Alejandría, donde se enseña la filosofía griega. Y los griegos son gentiles, que ni siquiera están circuncidados.

Judío 5.º

No puede saberse cómo obra Dios. Sus caminos son muy misteriosos. Tal vez lo que nosotros llamamos el mal sea el bien y lo que llamamos el bien sea el mal. No puede saberse nada. Es preciso someterse a todo. Dios es todopoderoso y destruye al mismo tiempo a los débiles y a los fuertes. No le preocupa nadie.

Judío 1.º

Eso es cierto. Dios es terrible. Destruye a los débiles y a los fuertes como se muele el trigo en un mortero. Pero ese hombre no ha visto nunca a Dios. Nadie ha visto a Dios después del profeta Elías.

HERODÍAS.

Hacedlos callar. Me molestan.

HERODES.

Pues he oído decir que el propio Yokanaán es vuestro profeta Elías.

Judío 1.º

¡No es posible! Tres siglos han pasado desde la época del profeta Elías.

HERODES.

Pues hay quienes afirman que es el profeta Elías.

EL NAZARENO.

Yo estoy seguro de que es el profeta Elías.

Judío 1.º

Os equivocáis; no lo es.

LA VOZ DE YOKANAÁN.

Ha llegado el día, el día del Señor, y ¡oigo en las montañas los pasos del que será el Salvador del mundo!...

HERODES.

¿Qué quiere decir eso del Salvador del mundo?

TIGELINO.

Es un título que adopta César.

HERODES.

Pero César no viene a Judea. Ayer recibí mensaje de Roma, y nada se me dice de ello. En fin: vos, Tigelino, que habéis residido en Roma durante el invierno, ¿oís algo de esto?

TIGELINO.

Nada, en verdad, he oído de eso. Sólo explicaba yo ese título que es uno de los del César.

HERODES.

César no puede venir: está gotoso. Dicen que tiene unos pies como de elefante. Existen, además, razones de Estado. Quien se va de Roma, la pierde. No vendrá. Pero, en fin, es el amo, y vendrá si quiere. Aunque no creo que venga.

EL NAZARENO.

No se refiere a César el profeta, señor.

HERODES.

¿No?

EL NAZARENO.

No, señor.

HERODES.

¿A quién se refería entonces?

EL NAZARENO.

Al Mesías que ha venido.

Judío 1.º

El Mesías no ha venido.

EL NAZARENO.

Ha venido y hace milagros por todas partes.

HERODÍAS.

¡Oh, oh! ¡Milagros! No creo en los milagros. Tengo ya demasiada experiencia. *(Al Paje.)* Mi abanico.

EL NAZARENO.

Ese hombre hace verdaderos milagros. Así, por ejemplo con ocasión de una boda celebrada en una ciudad bastante importante de Galilea, convirtió el agua en vino. Personas que allí estaban me lo han dicho. Además, ha sanado a dos leprosos que estaban sentados ante la puerta de Cafarnaum sólo con tocarlos.

NAZARENO 2.º

No; eran dos ciegos los que curó en Cafarnaum.

EL NAZARENO.

No; eran leprosos. Pero también he devuelto la vista a varios ciegos, y le han visto en una montaña conversando con los ángeles.

UN SADUCEO.

Los ángeles no existen.

UN FARISEO.

Sí existen; pero no creo que ese hombre les haya hablado.

EL NAZARENO.

Una multitud de viandantes le ha visto conversando con los ángeles.

UN SADUCEO.

Con los ángeles, no.

HERODÍAS.

¡Cómo me irritan estos hombres! ¡Son estúpidos, completamente estúpidos! *(Al Paje.)* ¡Vamos, mi abanico! *(El Paje le da el abanico.)* Parece que estás soñando. No se debe soñar. Los soñadores son unos enfermos.

*(Golpea al Paje con el abanico.)*

NAZARENO 2.º

Ha hecho también el milagro de la hija de Jairo.

EL NAZARENO.

Sí, es muy cierto; no puede negarse.

HERODÍAS.

Estos hombres están locos. Han mirado demasiado a la luna. Decidles que se callen.

HERODES.

¿Qué milagro es ese de la hija de Jairo?

EL NAZARENO.

La hija de Jairo había muerto y él la resucitó.

HERODES.

¿Resucita a los muertos?



EL NAZARENO.

Sí, señor; los resucita.

HERODES.

No quiero que haga eso. Le prohíbo que lo haga. No permito que se resucite a los muertos. Hay que buscar a ese hombre y decirle que no le permito resucitar a los muertos. ¿Dónde está ahora?

NAZARENO 2.º

Por todas partes, señor; pero es muy difícil encontrarle.

EL NAZARENO.

Dicen que está ahora en Samaria.

UN JUDÍO.

Si está en Samaria, bien se ve que no es el Mesías. No vendrá entre los samaritanos el Mesías. Están malditos. No llevan nunca ofrendas al templo.

NAZARENO 2.º

Hace unos días se marchó a Samaria. Yo creo que en estos momentos se halla en los alrededores de Jerusalén.

EL NAZARENO.

No; está allí. Acabo de llegar precisamente de Jerusalén. No se ha oído hablar de él allí desde hace dos meses.

HERODES.

En fin: eso no importa. Pero hay que buscarle y decirle de mi parte que no le permito resucitar a los muertos. Convertir el agua en vino, sanar a los leprosos y a los ciegos..., todo esto puede hacerlo, si quiere. Nada tengo que decir en contra. En efecto: pareceme que sanar a los leprosos es una buena acción. Pero no consiento que re-

sucite a los muertos... ¡sería terrible que resucitasen los muertos!

LA VOZ DE YOKANAÁN.

¡Ah desvergonzada ramera! ¡Ah hija de Babilonia, con los ojos de oro y los párpados dorados! ¡Escucha lo que dice el Señor: «¡Precipitad contra ella una multitud de hombres! ¡Que el pueblo coja piedras y la lapide!...»

HERODÍAS.

¡Hacedle callar!

LA VOZ DE YOKANAÁN.

«...¡Que los capitanes guerreros la atraviesen con sus espadas y la aplasten con sus broqueles!»

HERODÍAS.

¡Eso es infame!

LA VOZ DE YOKANAÁN.

Así los crímenes desaparecerán de la faz de la Tierra, y todas las mujeres aprenderán a no imitar las abominaciones de ésta.

HERODÍAS.

¿No oís lo que dice contra mí? ¿Le dejáis insultar a vuestra esposa?»

HERODES.

No ha pronunciado vuestro nombre.

HERODÍAS.

Y ¿qué importa? Bien sabéis que es a mí a quien quiere insultar. Soy vuestra esposa, ¿verdad?

HERODES.

Sí, mi querida y digna Herodías; sólo mi esposa y empezasteis por ser la de mi hermano.

HERODÍAS.

Vos fuisteis quien me arrancasteis de sus brazos.

HERODES.

En efecto: era yo el más fuerte... Pero no hablemos de eso. No quiero hablar de eso. Por tal motivo, el profeta lanzó sus terribles palabras. Quizá por eso va a ocurrir alguna desgracia. No hablemos de ello... Noble Herodías, olvidamos a nuestros huéspedes. Echame vino, amada mía. Llenad de vino las grandes copas de plata y de cristal. Voy a beber a la salud de César. Habiendo aquí romanos, hay que beber a la salud de César.

TODOS.

¡César! ¡César!

HERODES.—(A Herodías.)

¿No notáis cuán pálida está vuestra hija?

HERODÍAS.

¿Y qué os importa que esté pálida o no?

HERODES.

Nunca la he visto tan pálida.

HERODÍAS.

No debéis mirarla.

LA VOZ DE YOKANAÁN.

En ese día, el sol se volverá negro como un saco de pelo, y la luna, roja como sangre, y las estrellas caerán sobre la Tierra como higos maduros, y los reyes de la Tierra sentirán pavor.

HERODÍAS.

¡Ja, ja! Quisiera ver ese día de que habla, en que la luna se pondrá roja como la sangre y en que las estrellas caerán sobre la Tierra

como higos maduros. Este profeta habla como un hombre ebrio... Pero no puedo soportar el sonido de su voz. Mandad que se calle.

HERODES.

No, no. No comprendo lo que dice; pero puede ser un presagio.

HERODÍAS.

No creo en los presagios. Habla como un hombre ebrio.

HERODES.

¡Acaso esté ebrio del vino de Dios!

HERODÍAS.

¿Qué vino es ese de Dios? ¿De qué viñas procede? ¿En qué lagar se encuentra?

HERODES.—(Que no aparta los ojos de Salomé.)

Tigelino, cuando estuviste en Roma últimamente, ¿te habló el emperador de...?

TIGELINO.

¿De qué, señor?

HERODES.

¿De qué? ¡Ah! Te he hecho una pregunta, ¿verdad? Olvidé lo que quería saber.

HERODÍAS.

Seguís mirando a mi hija. No debéis mirarla, ya os lo he dicho.

HERODES.

No hacéis más que repetirlo.

HERODÍAS.

Y os lo seguiré repitiendo.

HERODES.

¿Y la restauración del templo, de que tanto se habla? ¿Va a hacerse

algo? Dicen que ha desaparecido el velo del santuario.

HERODÍAS.

Vos sois quien lo habéis cogido. Habláis desatinadamente. No quiero permanecer aquí. Volvamos adentro.

HERODES.

Salomé, ballad para mí.

HERODÍAS.

No quiero que baile.

SALOMÉ.

No tengo ganas de bailar, tetarcarca.

HERODES.

Salomé, hija de Herodías, ballad para mí.

HERODÍAS.

Dejadla en paz.

HERODES.

¡Os mando que bailéis, Salomé!

SALOMÉ.

No bailaré, tetarcarca.

HERODÍAS.—(Riendo.)

¡Ya véis cómo os obedece!

HERODES.

Y ¿qué me importa que baile o no? No me importa nada. Esta noche me siento feliz, muy feliz. Nunca me he sentido tan feliz.

SOLDADO 1.º

Sombrío aspecto tiene el tetarcarca, ¿no es verdad?

SOLDADO 2.º

Sí, tiene un sombrío aspecto.

HERODES.

¿Por qué no iba a sentirme feliz? César, que es el amo del mundo y de todo, me quiere mucho. Acaba de enviarme unos regalos muy valiosos. Además, me ha prometido llamar a Roma al rey de Capadocia, que es mi enemigo. Y quizá le crucifique. En Roma, César puede hacer cuanto se le antoje. En fin: es el amo. Como veis, tengo derecho a sentirme feliz. Nada hay en el mundo que pueda alterar mi placer.

LA VOZ DE YOKANAÁN.

Estará sentado en su trono y vestido de púrpura y escarlata. En su mano llevará un vaso de oro lleno de sus blasfemias. Y el ángel del Señor le herirá y los gusanos devorarán su cuerpo.

HERODÍAS.

Ya oís lo que dice de vos: que os devorarán los gusanos.

HERODES.

No es de mí de quien habla. No dice nunca nada contra mí. Se refiere al rey de Capadocia, que es mi enemigo. Ese es el que será devorado por los gusanos, pero no yo. No ha dicho nunca nada contra mí el profeta: tan sólo que he hecho mal en tomar por esposa a la mujer de mi hermano. Y quizá tenga razón. Sois estéril, en efecto.

HERODÍAS.

¿Soy estéril yo? ¿Y lo decís vos, que estáis siempre mirando a mi hija; vos, que habéis querido hacerla bailar para diversión vuestra? Es ridículo que digáis eso. He tenido una hija y vos no habéis tenido nunca hijos, ni aun de vuestras esclavas. Vos sois estéril y no yo.

HERODES.

Callaos. Repito que sois estéril. No me habéis dado hijos, y el profeta dice que nuestro matrimonio no lo es verdaderamente. Afirma que es un matrimonio incestuoso, que traerá desdichas... Temo que acierte. Pero no es éste momento de hablar de estas cosas. Ahora quiero ser feliz. En verdad, lo soy: muy feliz. Nada me hace falta para serlo.

HERODÍAS.

Mucho me alegra que estéis de tan buen humor esta noche. No es en vos habitual. Pero es tarde ya. Entremos. No olvidéis que al salir el sol vamos todos de caza. Hay que honrar debidamente a los embajadores de César, ¿verdad?

SOLDADO 2.º

¿Qué aspecto más sombrío tiene el tetarcarca!

SOLDADO 1.º

Sí, muy sombrío.

HERODES.

Salomé, Salomé, ballad para mí. Os lo suplico. Esta noche estoy triste, sí muy triste. Al entrar aquí resbalé sobre sangre, lo cual es de mal agüero, y he oído, estoy seguro de haber oído, un batir de alas en el aire, un batir de alas gigantescas. No sé lo que quiere esto significar... Estoy triste esta noche. Ballad, pues, para mí. Ballad para mí, Salomé, y si bailáis, podéis pedirme todo lo que queráis y yo os lo daré. Sí. Ballad para mí, Salomé, y os daré todo cuanto me pidáis, aunque sea la mitad de mi reino.

SALOMÉ.—(Levantándose.)

¿Me daréis todo lo que os pida, tetarcarca?

HERODÍAS.

No bailéis, hija mía.

HERODES.

Todo, aunque sea la mitad de mi reino.

SALOMÉ.

¿Lo juráis, tetarcarca?

HERODES.

Lo juro, Salomé.

HERODÍAS.

No bailéis, hija mía.

SALOMÉ.

¿Por qué lo juráis, tetarcarca?

HERODES.

Por mi vida, por mi corona y por mis dioses. Si bailáis para mí, os daré todo cuanto deseáis, aunque sea la mitad de mi reino. ¡Oh Salomé, Salomé, ballad para mí!

SALOMÉ.

Lo habéis jurado, tetarcarca.

HERODES.

Lo he jurado, Salomé.

SALOMÉ.

¿Todo cuanto os pida, aunque sea la mitad de vuestro reino?

HERODÍAS.

No bailéis, hija mía.

HERODES.

Aunque sea la mitad de mi reino. ¡Resultarías bellísima de reina, Salomé, si se te antojase pedir la mitad de mi reino! ¿No es cierto que resultaría bellísima de reina?... ¡Ah! ¡Qué frío hace aquí!... Corre un viento muy frío y oigo..., ¿por qué oigo en el aire ese batir de alas? ¡Oh! Diríase que un ave, una

gran ave negra se cierne sobre la terraza. ¿Por qué no puedo verla? El batir de sus alas es terrible; el viento que produce es terrible. Es un viento frío... Mas no, no hace ningún frío. Hace mucho calor, por el contrario; demasiado calor. Me ahogo. Echad agua en mis manos. Dadme a comer nieve. Desabrochad mi manto. Pronto, pronto, desabrochad mi manto... No, dejadle; es mi corona la que me lastima, mi corona de rosas. Parece como si estas flores fueran de fuego. Han abrasado mi frente. *(Se arranca la guirnalda de su cabeza y la arroja sobre la mesa.)* ¡Ah, respiro al fin! ¡Qué rojos son esos pétalos! Diríanse manchas de sangre sobre el mantel. No importa. No hay que buscar símbolos en cada cosa que se ve, pues eso hace la vida insoponible. Mejor sería decir que las manchas de sangre son tan bellas como pétalos de rosas. Sería mucho mejor decirlo...; pero no hablemos de eso. Ahora soy feliz, muy feliz. Tengo derecho a serlo, ¿no es cierto? Vuestra hija va a bailar para mí. ¿Verdad que vais a bailar para mí, Salomé? Lo habéis prometido.

HERODÍAS.

No quiero que baile.

SALOMÉ.

Bailaré para vos, tetrarca.

HERODES.

Ya oís lo que dice vuestra hija. Bailará para mí. Hacéis bien en bailar para mí. Y después que hayáis bailado, nos os olvidéis de pedirme todo lo que queráis. Os daré cuanto queráis, aunque sea la mitad de mi reino. Lo he jurado, ¿no es verdad?

SALOMÉ.

Lo habéis jurado, tetrarca.

HERODES.

Y no he faltado nunca a mi palabra. No soy de los que faltan a su palabra. No sé mentir. Soy esclavo de mi palabra y mi palabra es la de un rey. El rey de Capadocia miente siempre; pero no es un verdadero rey. Es un cobarde. Además, me debe dinero y no quiere pagarme. Ha insultado incluso a mis embajadores. Ha dicho cosas muy ofensivas. Pero César le crucificará cuando vaya a Roma; estoy seguro de que le crucificará. O, si no, morirá comido por los gusanos. El profeta lo ha vaticinado. ¿A qué esperáis, Salomé?

SALOMÉ.

Espero a que mis esclavas me traigan perfumes, los siete velos y me quiten mis sandalias.

*(Las Esclavas traen perfumes, los siete velos y quitan las sandalias a Salomé.)*

HERODES.

¡Ah! ¡Vais a bailar con los pies descalzos! Está bien. Vuestros piecitos serán como blancas palomas. Parecerán florecillas blancas moviéndose sobre un árbol... ¡Ah, no! ¡Va a bailar en la sangre! Hay sangre en el suelo. No quiero que baile sobre la sangre. Sería de muy mal agüero.

HERODÍAS.

¿Y qué os importa que baile sobre la sangre? Vos la habéis pisado...

HERODES.

¿Qué me importa? ¡Ah, mirad la luna! Se ha puesto roja, roja como la sangre. ¡Ah, ya lo había predicho el profeta! Predijo, ¿no es verdad?, que la luna se pondría roja como la sangre. Todos lo habéis

oído. La luna está roja como la sangre. ¿No la véis?

HERODÍAS.

Ya lo veo, y las estrellas caen cual higos maduros, ¿no es así? Y el sol se torna negro como un saco de pelo, y los reyes de la Tierra tienen miedo. Esto se ve, al menos. Por una vez en su vida, el profeta ha tenido razón. Los reyes de la Tierra tienen miedo... ¡Vaya, volvamos adentro! Estáis enfermo. Dirán en Roma que estáis loco. Os digo que entremos.

LA VOZ DE YOKANAÁN.

¿Quién es el que viene de Edom y de Bosra, con manto teñido de púrpura, deslumbrador en la belleza de sus vestidos y que anda con vigor omnipotente? ¿Por qué su manto está teñido de púrpura?

HERODÍAS.

Entremos. La voz de ese hombre me exaspera. No quiero que mi hija baile mientras él grita así. No quiero que baile si la seguís mirando de ese modo. En fin: no quiero que baile.

HERODES.

No te levantes, esposa y reina mía; es inútil. No me iré de aquí hasta que ella haya bailado. Bailad, Salomé; bailad para mí.

HERODÍAS.

No bailéis, hija mía.

SALOMÉ.

Estoy pronta, tetrarca.

*(Baila la danza de los siete velos.)*

HERODES.

¡Ah, magnífico, magnífico! Ya veis cómo ha bailado para mí vues-

tra hija. ¡Acércate, Salomé! ¡Acércate para que pueda entregarte tu recompensa! ¡Ah! Yo recompenso espléndidamente a las bailarinas. Te pagaré bien. Te daré todo lo que quieras. ¿Qué quieres, di?

SALOMÉ.—*(Arrodillándose.)*

Quiero que me traigan al punto en una bandeja de plata...

HERODES.—*(Riendo.)*

¿En una bandeja de plata? Sí, sí; en una bandeja de plata, ciertamente. Es encantadora, ¿verdad? ¿Qué quieres que te traigan en una bandeja de plata, mi amada y bella Salomé, tú, que eres la más bella de todas las doncellas de Judea? ¿Qué quieres que te traigan en una bandeja de plata? Dímelo. Sea lo que fuere, se te dará. Mis tesoros te pertenecen. ¿Qué es ello, Salomé?

SALOMÉ.—*(Levantándose.)*

La cabeza de Yokanaán.

HERODÍAS.

¡Bien dicho, hija mía!

HERODES.

¡No, no, Salomé! ¡No me pidas eso! No escuches a tu madre. Te da siempre malos consejos. No debes escucharla.

SALOMÉ.

No escucho a mi madre. Es para mi propio placer por lo que pido la cabeza de Yokanaán en una bandeja de plata. Lo habéis jurado, Herodes. No olvidéis que lo habéis jurado.

HERODES.

Ya lo sé. Lo he jurado por mis dioses. Lo sé muy bien. Pero te suplico, Salomé, que me pidas otra cosa. Pídeme la mitad de mi reino

v te la daré. Pero no me pidas eso otro.

SALOMÉ.

Os pido la cabeza de Yokanaán.

HERODES.

¡No, no, no quiero!

SALOMÉ.

Lo habéis jurado, Herodes.

HERODÍAS.

Sí, lo habéis jurado. Todos lo oyeron. Habéis jurado delante de todos.

HERODES.

¡Callaos! No es a vos a quien hablo.

HERODÍAS.

Mi hija hace bien en pedir la cabeza de ese hombre. Ha vomitado insultos contra mí. Se ve que mi hija ama verdaderamente a su madre. No cedáis, hija mía. Ha jurado, ha jurado.

HERODES.

¡Callaos! No me habléis... Vamos, Salomé, hay que ser razonable, ¿verdad? No he sido nunca duro contigo. Siempre te demostré amor... Tal vez demasiado. No me pidas, pues, eso. Es horrible, es espantoso pedirme eso. En realidad, no creo que hables en serio. La cabeza cortada de un hombre es una cosa fea, ¿no es verdad? No debe contemplarla una virgen. ¿Qué placer podría proporcionarte? Ninguno. No, no, no puedes querer eso... Escúchame un instante. Tengo una esmeralda, una gran esmeralda redonda que el favorito de César me envió. Cuando se mira a través de ella pueden verse cosas que ocurren a una enorme distancia. El

propio César lleva una muy parecida cuando concurre al circo. Pero mi esmeralda es mayor. Sé perfectamente que es mayor. Es la mayor del mundo. ¿Verdad que quieres la esmeralda? Pídemela y te la daré.

SALOMÉ.

Pido la cabeza de Yokanaán.

HERODES.

No me escuchas, no me escuchas. Déjame hablar, Salomé.

SALOMÉ.

La cabeza de Yokanaán.

HERODES.

No, no, no quieres eso. Lo dices únicamente por mortificarme, porque te he estado mirando toda la noche. Pues bien: sí. Te he mirado durante toda la noche. Tu belleza me ha trastornado tan terriblemente, que te he mirado excesivamente. Pero no volveré a hacerlo. No debe mirarse ni a las cosas ni a las personas. Sólo en los espejos se debe mirar, porque los espejos nos muestran únicamente máscaras. ¡Oh, oh! ¡Vino! ¡Tengo sed!... Salomé, Salomé, seamos amigos. En fin: mira..., ¿qué quería yo decir? ¿Qué era? ¡Ah, ya me acuerdo!... ¡Salomé! No, acércate a mí. Temo que no me oigas... Salomé, ya conoces mis hermosos pavos reales blancos que pasean por el jardín entre los mirtos y los altos cipreses. Sus picos son dorados y los granos que comen son también dorados, y sus patas están pintadas de púrpura. Lluve cuando graznan, y cuando hacen la rueda surge la luna en el cielo. Caminan emparejados entre los cipreses y los negros mirtos, y cada cual tiene un esclavo para cuidarlo. Algunas ve-

ces revolotean entre los árboles y otras reposan sobre el césped y alrededor del estanque. No hay en el mundo aves tan maravillosas. Estoy seguro de que ni el mismo César tiene unas aves tan hermosas. Pues bien: te daré cincuenta de mis pavos reales. Te seguirán a todas partes, y en medio de ellos parecerás la luna entre una gran nube blanca... Te los daré todos. Tengo sólo ciento, y no hay rey en el mundo que tenga unos pavos reales como los míos; te los daré todos. Pero tienes que relevarme de mi palabra y no pedirme lo que me has pedido.

(*Apura la copa de vino.*)

SALOMÉ.

Dadme la cabeza de Yokanaán.

HERODÍAS.

¡Bien dicho, hija mía! Os ponéis ridículo con vuestros pavos reales.

HERODES.

¡Callaos! Estáis gritando siempre. Gritáis como una fiera de presa. No hay que gritar así. Me molesta vuestra voz. Callaos, repito... Salomé, piensa lo que haces. Ese hombre es acaso un enviado de Dios. Estoy seguro de que lo es. Es un hombre santo. El dedo divino le ha tocado. Dios ha puesto en su boca palabras terribles. Lo mismo en el palacio que en el desierto, Dios está siempre con él... Es posible, al menos. Nadie sabe; pero es posible que Dios esté de su parte y con él. Además, si muriese, tal vez me sucedería una desgracia. En fin, ha dicho que el día en que muera le ocurrirá una desgracia a alguien. Sólo puede referirse a mí. Acuérdate de que he resbalado sobre sangre al salir de aquí. Y además he

oído batir unas alas gigantescas. Son unos presagios nefastos. Y hubo otros. Estoy seguro de que hubo otros, aunque yo no los haya visto. Pues bien, Salomé: ¿no querrás que me suceda una desgracia? No puedes querer eso. Escúchame aún.

SALOMÉ.

Dadme la cabeza de Yokanaán.

HERODES.

¿Ves? No me escuchas. Tranquilízate. Yo estoy muy tranquilo, completamente tranquilo. Oyeme: tengo escondidas aquí joyas que ni siquiera tu madre ha visto nunca, joyas extraordinarias en verdad. Tengo un collar de perlas de cuatro kilos. Diríanse lunas encadenadas con rayos de plata. Diríanse cincuenta lunas cautivas en una red de oro. Lo ha llevado una reina sobre el marfil de sus senos. Cuando lo lleves tú, serás tan bella como una reina. Tengo unas amatistas de dos clases. Una, negra como el vino. Otra, roja como vino teñido con agua. Tengo topacios amarillos, como los ojos de los tigres, y topacios rosados, como los ojos de los pichones, y topacios verdes, como los ojos de los gatos. Tengo ópalos que arden siempre con una llama muy fría, ópalos que entristecen el alma y que tienen miedo a las tinieblas. Tengo ónices semejantes a las pupilas de una muerta. Tengo piedras lunares que cambian al cambiar la luna y que palidecen al ver el sol. Tengo zafiros del tamaño de huevos, azules como flores de loto. El mar se agita en su interior y la luna no turba jamás el azul de sus olas. Tengo crisólitos y berilos, crisopacios y rubíes, sardónicos y jacintos y calcedonias: te las daré todas y añadiré otras cosas. El rey de las Indias acaba de enviarme

precisamente cuatro abanicos hechos con plumas de papagayos, y el rey de Numidia una túnica hecha con plumas de avestruz. Tengo un cristal que no se permite ver a las mujeres y que ni siquiera los jóvenes deben mirar hasta haber sido azotados con varas. Tengo tres turquesas maravillosas en un cofrecillo de nácar. Quien las lleva sobre la frente puede imaginarse cosas que no existen, y quien las lleva en la mano puede hacer estériles a las mujeres. Son tesoros de enorme valor, sin precio. Y no es esto todo. En un cofre de ébano tengo dos copas de ámbar que parecen manzanas de oro. Si un enemigo echa en ellas veneno, se vuelven como de plata. En un cofre con incrustaciones de ámbar tengo sandalias con incrustaciones de vidrio. Tengo mantos traídos del país de la Sérica, y brazaletes guarnecidos de carbunclos y jade, traídos de la ciudad del Eufrates... En fin: ¿qué deseas, Salomé? Dime lo que deseas y te lo daré. Te daré todo cuanto pidas, excepto una cosa. Te daré todo lo que poseo, menos una vida. Te daré el manto del Gran Sacerdote. Te daré el velo del Santuario.

Los Judíos.

¡Oh! ¡Oh!

SALOMÉ.

Dame la cabeza de Yokanaán.

HERODES.—(*Desplomándose sobre su sitial.*)

¡Que se le dé lo que pide! ¡Es realmente hija de su madre! (*Se acerca al Soldado 1.º Herodías quita de la mano del tetrarca el anillo de la muerte y se lo entrega al Soldado, quien se lo lleva inmediata-*

*mente al Verdugo. Este lo recibe aterrado.*) ¿Quién me ha quitado el anillo? Había un anillo en mi mano derecha. ¿Quién se ha bebido mi vino? Había vino en mi copa, estaba llena de vino. ¿Alguien se lo ha bebido? ¡Oh, estoy seguro de que le va a suceder una desgracia a alguien! (*El Verdugo desciende a la cisterna.*) ¡Ah! ¿Por qué di mi palabra? Los reyes no deben dar nunca su palabra. Si no la cumplen, es terrible... Si la cumplen, es también terrible...

HERODÍAS.

Encuentro que mi hija ha hecho bien.

HERODES.

Estoy seguro de que va a ocurrir una desgracia.

SALOMÉ.—(*Inclinándose sobre la cisterna, escucha.*)

No hay ruido alguno. No oigo nada. ¿Por qué no grita este hombre? ¡Ah, si alguien quisiera matarme, yo gritaría, me defendería, no querría sufrir!... ¡Hiere, hiere, Naamán, hiere te digo!... No. No oigo nada. Hay un silencio espantoso. ¡Ah! Algo ha caído al suelo. He oído caer algo. Era la cimitarra del verdugo. ¡Tiene miedo este esclavo! Ha dejado caer su cimitarra. No se atreve a matarle. ¡Es un cobarde este esclavo! Enviaré soldados. (*Ve al Paje de Herodías y se dirige a él.*) Ven aquí. Eras amigo del muerto. ¿verdad? Pues bien: aún no ha habido bastantes muertes. Di a esos soldados que bajen y me traigan lo que pido, lo que el tetrarca me ha prometido, lo que me pertenece. (*El Paje retrocede. Se dirige entonces a los Soldados.*) Venid aquí, soldados. Bajad a esa cisterna y

traedme la cabeza de ese hombre. (*Los Soldados retroceden.*) Tetrarca, tetrarca, ordenad a vuestros soldados que me traigan la cabeza de Yokanaán. (*Un musculoso brazo negro, el brazo del Verdugo, surge de la cisterna sosteniendo sobre un escudo de plata la cabeza de Yokanaán. Salomé la coge. Herodes se tapa el rostro con su manto. Herodías sonríe y se abanica. Los Nazarenos se arrodillan y empiezan a orar.*) ¡Ah! No quisiste dejarme besar tu boca Yokanaán. Pues bien: ahora la besaré. La morderé con mis dientes como se muerde una fruta madura. Sí, besaré tu boca, Yokanaán. Te lo dije, ¿no es cierto? Te lo dije. Pues bien: ahora la besaré... Pero ¿por qué no me miras, Yokanaán? Tus ojos, que eran tan terribles, que estaban tan llenos de cólera y desprecio, están cerrados ahora. ¿Por qué están cerrados? ¡Abre tus ojos! Alza tus párpados, Yokanaán. ¿Por qué no me miras? ¿Me tienes miedo, Yokanaán, cuando no puedes mirarme? Y tu lengua, que era como una roja serpiente arrojando veneno no se mueve ya, no dice ahora nada. Yokanaán, esa víbora roja que vomitó su veneno sobre mí. Es raro, ¿verdad? ¿Cómo es que la víbora roja ya no se mueve? No quisiste nada de mí, Yokanaán. Me rechazaste. Me dijiste cosas infamantes. Me trataste como a una cortesana; como a una ramera, ¡a mí, Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea! Pues bien, Yokanaán: yo sigo viviendo y tú, en cambio, estás muerto y tu cabeza me pertenece. Puedo hacer con ella lo que quiera. Puedo arrojarla a los perros y a las aves. Lo que dejen de ella los perros se lo comerán las aves... ¡Ah! Yokanaán, Yokanaán, has sido el único hombre a quien he amado.

Todos los demás me dan asco. Pero tú eras bello. Tu cuerpo era una columna de marfil sobre un pedestal de plata. Era un jardín lleno de palomas y de lirios de plata. Era una torre de plata adornada con escudos de marfil. No había en el mundo nada tan blanco como tu cuerpo. No había en el mundo nada tan negro como tus cabellos. En el mundo entero no había nada tan rojo como tu boca. Tu boca era un incensario que esparcía extraños perfumes, ¡y al mirarte oía yo una música singular! ¡Ah! ¿Por qué no me miraste, Yokanaán? Escondiste tu rostro detrás de tus manos y de tus blasfemias. Pusiste sobre tus ojos la venda del que anhela contemplar a su Dios. Pues bien: ya has visto a tu Dios, Yokanaán... Pero a mí, a mí... no me has visto nunca. Si me hubieras visto, me habrías amado. Yo te he visto. Yokanaán, y te he amado. Y te amo aún, Yokanaán. Te amo a ti... Tengo sed de tu belleza y hambre de tu cuerpo. Y ni el vino ni las frutas pueden apaciguar mi deseo. ¿Qué voy a hacer ahora, Yokanaán? Ni los ríos, ni los vastos mares podrían extinguir mi pasión. Yo era una princesa y tú me despreciaste. Era una virgen y me desfloraste. Era casta y llenaste mis venas de fuego... ¡Ah! ¡Ah! ¿Por qué no me miraste, Yokanaán? Si me hubieras mirado, me habrías amado, Sé muy bien que me habrías amado, y el misterio del amor es más grande que el misterio de la muerte. Sólo hay que mirar el amor.

HERODES.

Es monstruosa tu hija, enteramente monstruosa. Lo que ha hecho es un crimen enorme. Estoy seguro de que es un crimen contra un Dios desconocido.

HERODÍAS.

Apruebo lo que ha hecho mi hija,  
y ahora quiero seguir aquí.

HERODES.—(*Levantándose.*)

¡Ah! ¡Habla la mujer incestuosa!  
¡Ven! No quiero seguir aquí. Ven,  
te digo. Seguro estoy de que va a  
ocurrir una desgracia. Manasé,  
Isacar, Ozías, apagad las antorchas.  
No quiero ver las cosas ni que las  
cosas me miren. ¡Apagad las antorchas!  
¡Ocultad la luna! ¡Ocultad las estrellas!  
¡Escondámonos en nuestro palacio,  
Herodías! Empiezo a tener miedo.

(*Los Esclavos apagan las antorchas.  
Las estrellas desaparecen. Una gran  
nube negra pasa ante la luna y la  
oculta por completo. La escena queda  
a oscuras. El tetrarca empieza a  
subir la escalera.*)

LA VOZ DE SALOMÉ.

¡Ah! He besado tu boca, Yokanaán,  
he besado tu boca. Había un sabor  
acre en tus labios. ¿Era el sabor de  
la sangre?... Quizá era el del amor.  
Dicen que el amor tiene un sabor  
acre... Mas ¿qué importa? ¿Qué  
importa? He besado tu boca, Yokanaán,  
he besado tu boca.

(*Un rayo de luna cae sobre Salomé  
y la ilumina.*)

HERODES.—(*Volviéndose y viendo a Salomé.*)

¡Matad a esa mujer!

(*Los Soldados se abalanzan y aplastan  
con sus escudos a Salomé, hija de  
Herodías, princesa de Judea.*)

EXPLICIT FABULA

FIN DE «SALOMÉ»

*Seminario de Drama  
Colección  
Francisco (Paco) Prado*

*Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
SMJEG  
Facultad de Humanidades  
UPR-PR*

*Seminario de Drama  
Colección  
Francisco (Paco) Prado*

*Seminario Multidisciplinario José Emilio González  
Bachillerato de Estudios Intermedios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras*